



(Juan Bautista Vico.)

HOMERO Y LA CIENCIA NUEVA.

ARTICULO II. (1)



NATORIA dieron sin excepcion todos los pueblos de la anti-

ERIA desconocer la historia de las primeras edades del mundo negar, no la existencia, que es un hecho incontestable, sino la importancia suma que á la CIENCIA ADIVI-

güedad. ¿Pero cómo habremos de entender esta ciencia misteriosa y sagrada? Constantes en nuestro propósito de no apartarnos de los medios de raciocinar empleados en la *Ciencia Nueva*, veamos cómo define Vico la adivinacion:

«Los primeros hombres, dice, cuya existencia toda se cifraba en la energia de las fuerzas corpóreas, se figuraban al cielo como un gran cuerpo animado, y le pusieron por nombre *Júpiter*. Nuestros espíritus estan demasiado desprendidos de los sentidos, demasiado espiritualizados por las numerosas abstracciones de nuestras lenguas, por el arte de la escritura, por los hábitos del cál-

(1) Véase nuestro núm. III correspondiente al mes de Junio TOMO I.—AGOSTO DE 1845.

culo, para que podamos hoy formarnos esa idea prodigiosa de la *naturaleza apasionada*; la espresion la formamos con la boca, pero su idea no existe en nuestro entendimiento. ¿Cómo en efecto pudiéramos concebir la vasta imaginacion de aquellos hombres primitivos, cuyo espíritu estraño á toda abstraccion, á toda sutileza, estaba como embargado por las pasiones, anegado en los sentidos y como sepultado en la materia? Así es que hoy apenas comprendemos y ni siquiera podemos imaginar cómo pensaron los hombres que fundaron la civilizacion pagana.

» Así es como los primeros poetas teólogos inventaron la primera fábula divina, la mas sublime de cuantas se imaginaron. Así es como inventaron á ese Júpiter, rey y padre de los hombres, cuya diestra lanza el rayo; que manda por medio de signos, digna espresion de la majestad divina. Eran estos signos, si puede decirse así, palabras reales, y la naturaleza entera era la lengua de Júpiter.

» Todas las naciones paganas han creido poseer esta lengua en la adivinacion, la cual fué llamada por los Griegos *teología*, esto es, ciencia del lenguaje de los dioses.»

Luego la adivinacion es, segun Vico, la interpretacion de los fenómenos naturales ó sobrenaturales considerados como signos de la voluntad de los dioses y aplicados á todas las circunstancias de la vida.

Desde tiempo inmemorial, tanto en el Oriente como en los demás puntos del globo habitados por los hombres, se arreglaban varios actos de la vida civil por las observaciones astronómicas, el canto de las aves, las líneas de las manos y otras mil prácticas, constituyendo todas ellas una ciencia conocida desde muchos siglos. El inspirado legislador Moisés, anterior de cerca de trescientos años á la presunta época del sitio de Troya, prohíbe formalmente la adivinacion á los Hebreos. El *Deutoronomio* reasume esas prácticas mas usuales, cuyo uso proscribió el gran legislador de la manera siguiente:

«No se vea en tu pais quien purifique á su hijo ó hija, » pasándolos por el fuego; ni quien consulte adivinos, y » haga caso de sueños y de agüeros: no haya hechicero, » ni encantador, ni quien pida consejo á los que tienen espíritu *pythónico*, y á los astrólogos, ni quien intente averiguar por medio de difuntos la verdad.» (1)

(1) *Nec inceniat in te qui lustret filium suum, aut filiam, ducens per ignem: aut qui ariolos sciscitetur, et observet somnia atque auguria, nec sit maleficus, nec incantator, nec qui pythones consulat, nec divinos, aut quærat à mortuis veritatem.*

DEUT. Cap. XVIII, v. 10—14.

Al leer este pasaje del antiguo Testamento, tanto en la version castellana del doctísimo Sr. AMAT, arriba citada, como en la *Vulgata* latina, he estrañado siempre hallar la voz griega *python*, la que, bien signifique la serpiente de la mitologia griega, bien designe á la sacerdotisa del oráculo de Delfos, no traduce, á mi modo de ver, con la debida precision el texto original de la Escritura; ni como habia de aludir Moisés á esta práctica del arte adivinatoria de los Griegos, cuando dicha práctica no podia ser conocida á la sazón de los Hebreos, puesto que no llegó á establecerse

Los griegos de la *ILIADA* no conocian todas estas prácticas de la adivinacion; los de la *ODISEA* habian dado ya un paso mas en la ciencia.

En ambos poemas los adivinos, los augures, los sueños, representan con corta diferencia el mismo papel. En el segundo se habla ya del espíritu de *python* y de la evocacion de los muertos: aun hay mas, en la *ODISEA* aparece por vez primera la aplicacion regular de las observaciones astronómicas. Recordemos la importancia de Cálcas: este ni es rey ni gefe, y no está exento de temor cuando se atreve á contradecir á Agamenon; sin embargo, tal es la influencia de su ciencia, tal es la confianza que inspira al ejército, que el mismo Neptuno se disfraza con su persona para sostener el valor de los soldados en los mas reñidos de la pelea, ó para contenerlos cuando huben prometiéndoles la victoria.

Εἰσάμενος Κάλχαντι δέμας καὶ ἀπειρία Φωνῆν (1)

Es que Cálcas sobrepuja á todos en interpretar el vuelo de las aves; «él es quien conoce lo presente, lo pasado y lo porvenir; el mismo Apolo es quien le ha dotado de la ciencia adivinatoria, y con la ayuda de esta misma ciencia ha logrado llevar la flota de los Helenos hasta las playas de Ilión.» (2)

Cuando allá en Aúlida, antes de darse á la vela, ofrecen los Griegos un sacrificio sobre un altar al pié de un plátano; se les aparece una portentosa señal, esta es una serpiente enviada por el mismo Júpiter, la que, lanzándose desde el altar hasta el plátano, devora ocho pajar-

en la ciudad de Apolo, sino muchas generaciones despues de haberse promulgado las leyes sagradas consignadas en el *Pentateuco*. Y no se atribuya, como pretenden algunos, este craso helenismo en que han incurrido la *Vulgata* y los traductores modernos, á la version griega de los LXX; porque allí se dice *ἐγγαστρῶδες*, esto es, *ventrílocuos*. Versadísimos aquellos intérpretes, no solo en la lengua, sino tambien en la mitologia de los Griegos, debieron sin duda conocer que no era hablando con el vientre, como pronunciaba la *PRONISA* sus inspiradas respuestas desde el tripode, sino de muy diverso modo, como nos lo refieren Plutarco, San Juan Crisóstomo y cuantos se han ocupado de este famoso oráculo de la Grecia.—Ademas, la palabra *בַּיִט* del original hebreo, segun los mejores lexicógrafos, ademas de significar odre ó cuero adobado y cosido para contener líquidos, tambien quiere decir *ventrílocuo*. «¿Qui vero factum, pregunta con mucha gracia GESenio, ut uter et ventríloquus Hebraeis eodem vocabulo exprimitur?» Porque seguramente al prestigiador en su fatídica operacion debía inflársele el vientre como una bota.

De todo lo cual habremos de inferir, que esta ridicula práctica de la ciencia adivinatoria de los antiguos estaria reducida á ese juego tan vulgar de la voz, que ya ejercen sin grande admiracion de los espectadores en medio de las plazas públicas los histriones de nuestros dias.

Tambien en el cap. XXVIII del lib. I de los Reyes, la *hechicera de Endor*, á quien consulta Saul, es llamada por la *Vulgata*: *mulier pythoem habens*, muger que tiene espíritu *pythónico*, segun traduce el Ilmo. Obispo de Astorga.

(1) *ILIADA*. Lib. XIII, v. 45.

(2) *ID.* Lib. I, v. 69—72.

llos y despues á la madre de estos, quedando luego transformada en piedra por el hijo de Saturno. El ejército, testigo de tanto prodigio, está sobrecogido de sorpresa y de horror, y entonces Cálcas profetizando esclama: «¡Oh Griegos! ¿porqué os maravillais de este modo? El previsor Jove nos dá esta gran señal de los hechos cuyo lento pero entero cumplimiento producirá una eterna gloria. A la manera que ese dragon ha devorado los ocho pajarillos y su madre, que era la novena, nosotros tambien consumiremos nueve años combatiendo, pero al décimo nos apoderaremos de Troya, la ciudad de las anchurosas calles.»

Τῶ δεκάτῳ δ' ἐπὶ λυ αἰρήτομεν εὐραδύων (1)

Cuando delante de Ilion la peste diezma el campamento de los Griegos, reconoce el ejército en este fenómeno que sale del curso habitual de las cosas, un signo de la voluntad celeste: urge, pues, hallar á alguien que lo pueda interpretar. Aquiles, el tipo del carácter heroico, cuya sumision á los dioses no ha sido nunca desmentida, Aquiles convoca á la asamblea y dice: «consultemos á algun adivino, sacerdote ó intérprete de los sueños, (porque tambien los sueños vienen de Júpiter) y díganos de donde proviene el enojo de Apolo.»—Levántase Cálcas al oír estas palabras, y él es quien revela cómo puede aplacarse la cólera del irritado dios (2).

Tales son los hechos extranaturales cuya interpretacion exige una vasta ciencia; estos hechos tienen su correspondencia ó analogía en la ODISEA. Los pretendientes de la reina Penélope se hallan sentados celebrando su penúltimo festin; fascínalos Minerva, la cual escita en ellos una risa descompuesta y sardónica que perturba su razon. Verdad es que rien, pero es con una risa convulsiva que hace estremecer sus lábios. Al paso que devoran las viandas á medio cocer, sus ojos se cubren de lágrimas. En este momento de suprema angustia el adivino Teoclimeno esclama en medio de la asamblea: «¡Desventurados, cuantos males os estan amenazando! una horrible nube cubre vuestros ojos y envuelve vuestras cabezas y vuestros cuerpos; óyense sordos gemidos, amargas lágrimas surcan vuestras mejillas, y torrentes de sangre inundan estos muros y estos soberbios artonados. Los pórticos y los patios se van llenando de errantes sombras prontas á descender al tenebroso imperio del Erebo; una funesta noche se está precipitando sobre este palacio.» (3)

Háse apoderado de Teoclimeno un espíritu de vision, y nada menos se necesita para hablar de un prodigio semejante. Así es que cuando Telémaco, al volver con Ulises á su palacio guiado por Minerva, esclama: «¡Oh padre mio, qué milagro hiere mis ojos! los muros de este palacio, estos soberbios techos, esas vigas, esas altas columnas brillan á mi vista como una llama refulgente; sin duda que uno de los dioses, que habitan el vasto

» cielo, está aquí»; le interrumpe su prudente padre » diciendo: sella el lábio, modera tu afan y nada me preguntes.» (1)

No se necesita menos reserva para penetrar el sentido misterioso de los sueños. Tal vez Agamenon, (2) que, por dar crédito á un sueño engañoso enviado por Júpiter, hace tomar las armas á todos los Griegos para llevarlos á un desastroso combate, habria evitado esta desgracia, si hubiera consultado á Cálcas. La prudente Penélope no se deja engañar tan fácilmente; no ignora que los sueños suelen ser muy dificultosos de interpretar: así es que no confia enteramente en la promesa que le hacen en sueño de que volverá á ver á su esposo.

Los augurios parecen mas comprensibles, no solo para los adivinos de oficio, sino tambien para aquellos personajes que no se hallan iniciados en la ciencia de la interpretacion.

Por parte de los Troyanos está Heleno, hijo de Príamo, el cual es entre ellos el mas hábil de los intérpretes del vuelo de las aves. Él es quien discierne entre las ramas de una haya á Apolo y á Minerva, y alcanza á comprender la conversacion de las dos divinidades sobre el medio de interrumpir el combate (3). Pero cuando despues de haber rechazado á los Griegos hasta su baluarte, van á lanzarse los Troyanos al asalto, se les aparece un signo. Entonces Polidamas, que solo es designado como varon prudente y de buen consejo, esclama: «Oye, Hector, lo que preveo, si ha de darse crédito al ave que se ha aparecido á los fogosos Troyanos al saltar el foso. Una águila cruzando por los aires á la izquierda del ejército, y llevando en sus garras una enorme serpiente ensangrentada que respiraba todavia, la ha soltado antes de llegar á su nido, y no ha podido dársela á sus hijuelos. Por tanto, aunque con grandes esfuerzos lo grásemos derribar las puertas y murallas de los Griegos, aun cuando estos echasen á huir, sin duda que no volveriamos ya con gloria por este camino y dejariamos sobre sus orillas un sin número de Troyanos que serian inmolados por el acero de los Griegos que combaten por defender sus naves.» (4)

En fin, Príamo en el momento de partir para rescatar el cuerpo de su hijo, ruega á Jove que le acorra con un augurio que le asegure el éxito de su empresa; á poco hé aquí á una águila cazadora cruzando á la derecha por cima de la ciudad en medio del júbilo que su aparicion inspira á los míseros Troyanos (5).

Todos estos matices de la adivinacion vuelven á encontrarse en la ODISEA. De vuelta á Itaca pronuncia Telémaco estas palabras: «Solo Jove, que habita en el éter conoce el porvenir, y quizás antes del himeneo á que aspiran esos pretendientes, amanezca para ellos el dia de muerte.»

Ἄλλα τὰ γε Ζεὺ οἶδεν Ὀλύμπιος, αἰθερί ταιῶν,

(1) ODISEA. Lib. XIX, v. 33—43.

(2) ILIADA. Lib. II, v. 50 y sig.

(3) ID. Lib. VI, v. 76.

(4) ID. Lib. XII, v. 211 y sig.

(5) ODISEA. Lib. XV, v. 522 y sig.

(1) ILIADA. Lib. II, v. 329

(2) ID. Lib. I, v. 50—92.

(3) ODISEA. Lib. XX, v. 345 y sig.

Εἰ καὶ σφιν πρὸ γάμοιο τελευτήσῃ καλὸν ἤμαρ. (1)

y apenas las ha pronunciado, cuando á su derecha sale volando un rápido gavilan, mensagero de Apolo. En sus garras crueles lleva una paloma que vá despedazando y cuyas plumas caen esparcidas por el suelo.

A Teoclimeno toca como adivino de profesion interpretar este signo.

«¡Oh Télemaco! dice, no ha sido sin la voluntad es-
» presa de los dioses que ha volado esta ave por nuestro

» diestro lado; al mirarla con atencion he creido recono-
» cer en ella un augurio. No, no hay en Itaca estirpe mas
» real que la vuestra, y vosotros habreis de ser siempre
» los mas prepotentes.»—El mismo Teoclimeno conver-
» sando poco despues con la reina Penélope insiste en este
» augurio para anunciarla que ya debe haber llegado su es-
» poso á la isla, en la que sospecha que se halla oculto. Y
» no se engaña, pues era así.

Mas cuando, en el momento de partirse de Lacede-
» monia, anhela Telémaco volver á ver á su padre en Itaca,



(Júpiter ordena al sueño se apodere de Agamenon y le prediga la destruccion de Troya.—Copia de Flaxman.)

si por su derecha pasa una águila llevando en su garra un ánade blanco de descomunal tamaño, si al verle el jóven peregrino y los hijos de Nestor, suplican todos á Menelao vea á quien de ellos se dirige el auguro; entonces es Heleno quien, mientras Atrides medita una respuesta, lo esplica pronunciando estas palabras: «escu-
» chadme; voy á predeciros los oráculos que los dioses
» han revelado á mi alma y que espero lleguen á cum-
» plirse. A la manera que esa águila acaba de arrebatarse
» el ánade cebado en la morada de los hombres, así Uli-

(1) ODISEA. Lib. XV, v. 460 y sig.

» ses despues de padecer largos trabajos y quebrantos,
» volverá á su casa y castigará á sus enemigos. Tal vez á
» estas horas se encuentre ya en el seno de su patria
» y está fraguando la muerte de todos los pretendien-
» tes.» (1)

En fin, uno de estos, llamado Anfinomo, varon virtuoso y prudente, aconseja á los demas amantes de la reina que no den muerte á Telémaco, sin haber consultado antes la voluntad de Júpiter; pero como insisten en su alevoso propósito, hé aquí que por su izquierda se

(1) ODISEA. Lib. XV, v. 460 y sig.

les aparece con soberbio vuelo una magestuosa águila que lleva entre sus uñas una débil paloma; esta fatídica aparicion basta para decidirlos á renunciar á su proyecto (1).

De cualquier parte que venga la esplicacion del signo, siempre es peligroso despreciarla. Esta temeridad no la tienen mas que aquellos héroes condenados por el destino; así es, que las inmoderadas risas de los pretendientes de Penélope se acrecientan al oír la vision de Teoclimeno. Héctor declara á Polidamas que le importa poco el vuelo siniestro ó favorable de las aves: esta opinion es tal, que en aquellos tiempos heróicos debía respirar en gran manera el interés que nos inspira el hermoso y desventurado esposo de Andrómaca.

Pero si los acontecimientos extraordinarios, si los sueños, si el vuelo de las aves, así en la ODISEA como en la ILIADA, tienen necesidad de intérpretes; hay sin embargo en ambos poemas un signo inteligible para todos. Este es el trueno que solo retumba cuando le place á Júpiter.

Mas tarde empuñase la lucha entre sitiados y sitiadores, y el dios que ha resuelto conceder la victoria á los Troyanos, deja caer el rayo en medio de las filas de sus enemigos.

. Ζεύς,
Σμερδαλέα κτυπέων' τῶν δὲ χαρὸν δέος ἦρει. (2)

Palidecen los reyes: Idomeneo es el primero que dá el ejemplo de la fuga, en la que son arrastrados á su pesar Agamenon, los dos Ajax y el mismo Ulises; Diómedes aun se atreve á combatir, pero óyese un terrible trueno; el fulgor del relámpago deslumbra sus corceles; otras tres veces mas vuelve á resonar el rayo, entonces todos huyen, todos van á ocultarse temerosos detrás del baluarte. (3)

No le son desconocidas á Héctor estas señales; comprende la benevolencia de Júpiter y se aprovecha de ella para inflamar el valor de los Troyanos y de sus aliados.

En la ODISEA disfrazado Ulises en el recinto de su misma morada dirige esta oracion al soberano de los dioses: «Excelso Jove, ya que has permitido que atravesando la tierra y las mares, llegue en fin á mi querida patria despues de sufrir tantas desgracias, haz que alguno de los que custodian este palacio me dirija una palabra de venturoso augurio; dignate enviarme desde lo alto de los cielos una señal favorable.»

Tales fueron sus votos que escuchó propicio el benévolo Júpiter: de repente hace que resuene el trueno en su diestra desde lo alto de un cielo apacible y sin nubes; óyelo un esclavo y pronuncia estas palabras de fausto augurio:

«Jove prepotente, tú que gobiernas los cielos y los hombres; no hay duda que cuando así haces que resuene el trueno con un cielo estrellado en que no se

» vé una nube, vas á manifestar á algun mortal tus presagios; oye tambien mis votos, haz que en este dia celebren los pretendientes su último banquete en el palacio de Ulises.»

Tales son los rasgos generales de la adivinacion comunes á las dos epopeyas; pasemos á los que solo son particulares de la ODISEA.

El primero se refiere á un suceso anterior al poema. Demodoco, el divino vate de los Feacienses cuenta que Agamenon fué á consultar á Apolo en la divina *Pytho*, Πυθοῖ ἐν ἠγαθῆν (1) y que para obtener un oráculo, tuvo que pasar por el umbral de piedra. Esta divina *Pytho* es la ciudad de Delfos de la que solo por incidencia se hace mencion en la ILIADA, pero cuya posicion geográfica indica la ODISEA con toda claridad (2).

¿Cómo por medio de la posesion ó propia intuicion ha podido el poeta tener conocimiento de la adivinacion? ¿Cómo es que dá tan poca importancia á un oráculo que mas tarde llega á ser el árbitro supremo de los grandes negocios de la Grecia? ¿Qué significa ese umbral de piedra, del que parece hablar tan desdeñosamente, y qué relacion puede tener con el templo mas rico de la antigüedad pagana?

¿No se echa de ver desde luego una comunicacion estrangera ó una institucion naciente ó mal apreciada, todavía y que dá margen á Demodoco para que cometa un anacronismo?

La evocacion de los muertos, tan en uso entre los Cananéos, ha hecho mas impresion sobre el ánimo de HOMERO, que los vértigos y arrebatos de la *Pythia*. De esta misma evocacion necromántica se vale su héroe para saber el porvenir que le está reservado, y para sondear los misterios de la vida futura que tanto preocupan á los Griegos de la ILIADA.

Τοῖς δ' ἐπεὶ εὐχολῆσι τε, ἔθραα νεκρῶν (el pueblo de los muertos.)

Ἑλλισάμην; (3)

Hasta aquí hemos encontrado las prácticas adivinatorias especificadas por Moisés en el *Deuteronomio*. Vamos á llegar ahora á la aplicacion de las observaciones astronómicas. Pero antes conviene hagamos mencion de Proteo, personaje egipcio y astrológico que interviene en HOMERO bajo una forma fabulosa, como testimonio del conocimiento superficial que de él tenia el poeta. Porque de Proteo, rey de Egipto y sábio astrónomo, ha hecho la tradicion el emblema del Cielo. Unas veces *leon*, otras *serpiente* ó *rio* para quien no tiene el arte de encadenarlo; pero llamado de muy diverso modo por aquel que fuere capaz de detener fijamente sus miradas en su conjunto; es el intérprete de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir para quien sabe obligarle á responder.

Los Griegos de la ILIADA habian fijado su atencion en la bóveda estrellada del firmamento. Ya han observado la

(1) ODISEA. Lib. XVI; v. 400, XX, 241.

(2) ILIADA. Lib. VII. v. 478-479.

(3) ID. b. VII, v. 75 y sig.

(1) ODISEA. Lib. VIII, v. 80.

(2) ID. Lib. XI, v. 580.

(3) ID. Lib. XII, v. 34.

estrella de Otoño, cuyo nombre (Sirio) no saben todavía, ó que denominan el *Perro del Orion*; han hecho dos astros distintos de la estrella matutina y vespertina. Las exhalaciones que cruzan por la atmósfera son para ellos señales de mal agüero (1).

Ya también durante una oscura noche buscan al través de las nubes una *estrella de salvacion* para el viandante extraviado.

Ὅτις δ' ἐκ νεφέων ἀναφαίνεται οὐλῖος ἀστὴρ (2)

En fin, han dado nombres á algunos grupos de estrellas ó constelaciones sin indicar su utilidad. En el escudo de Aquiles, en el que se ha complacido el poeta describir las artes de su tiempo, está omitida la navegacion. Esta entra en el dominio de la adivinacion por medio del vuelo de las aves; porque también es Cálcas quien conduce á la flota griega con el auxilio de la *ciencia adivinatoria* (3), y el prudente Ulises para trasladarse á la ciudad de Chryses tiene buen cuidado de navegar á la luz del claro día.

Sin embargo, el ingenio artífice Vulcano ha sabido representar en medio del famoso escudo á la tierra, los cielos, el mar, el infatigable sol, la luna en su esplendente plenilunio y á todos los astros que sirven de corona al cielo: allí están las *Pléyadas*, las *Hiadas*, el brillante *Orion*, la *Osa* que también se llama *el carro por el vulgo*, (ἦν καὶ ἀμύξαν ἐπικλήτιον καλῶσιν) que vuelve siempre á los mismos puntos ó lugares, y que es la única que no se sumerge en las olas del Océano.

Muy fecunda es esta descripcion astronómica; nada empero nos indica que el poeta al cantarla haya conocido desde luego toda su trascendencia.

Parece que aquí se llega al final de una página y que no hay mas sino volver la hoja.

Esta hoja se vuelve en la ODISEA.—Aquí ya están aplicados los conocimientos astronómicos del escudo de Aquiles á la navegacion en grande. Quien dá á Ulises esta utilísima enseñanza es una diosa, Calipso, hija de Atlas que es una divinidad astronómica. «Huye el sueño de sus párpados; pero está contemplando sin cesar á las Pléyadas, «á la constelacion del boyero ó *Bootes*, tan lenta en ponerse (4), á la *Osa* que también se llama *el carro por el vulgo* (ἦν καὶ ἀμύξαν ἐπικλήσιον (5), «que vuelve siempre á los mismos lugares enfrente del Orion y que es la única que no se sumerge en las olas del Océano, por-

» que le ha mandado la Diosa que cuide siempre de dejar-» la á su izquierda.» (1)

Hé aquí ya al cielo atmosférico, al cielo estrellado abierto á la adivinacion. Ni Telémaco, ni los Fenicios, ni los pretendientes de la reina de Itaca, ni los Feacienses temen ya navegar durante la noche. Solo aguardan á que salga *Hesperos* para darse á la vela (2).

Si bien se considera, aun cuando este progreso de la ciencia adivinatoria sea inmenso en cuanto á sus aplicaciones y resultados, no deja de ser muy reducido en sí mismo; y podremos concebir fácilmente, sin grande esfuerzo al menos, que un instante de reflexion, que un instante de contacto con los pueblos del Oriente, ha podido determinarlo durante la vida de un hombre solo, sin que haya sido necesario el concurso de muchas generaciones.

Seria insostenible y hasta absurdo suponer que no hubo otro progreso durante la edad heroica de la Grecia.—*HESÍODO*, el ilustre cantor de los *Trabajos y de los Días* (Ἔργα καὶ Ἡμέραι), el poeta gnómico que en el orden de los tiempos se presenta inmediatamente después de *Homero*, y que pertenece incontestablemente á la era de la lengua poética; *HESÍODO* está mucho mas adelantado en la aplicacion de los conocimientos astronómicos á los usos de la vida; para probarlo bastará hojear ese poema suyo que acabamos de citar.

» Darás principio á la siega cuando las *Pléyadas*, hijas » de Atlas, aparezcan en los cielos, y ararás la tierra » cuando hayan desaparecido; permanecen ocultas cuarenta dias con sus cuarenta noches, y al transcurrir el año » vuelven á presentarse para la época en que se aguza el » filo de la hoz. Tal es la ley general de los campos para » los colonos que habitan las orillas del mar, ó para » aquellos que lejos del proceloso elemento cultivan un » suelo fértil en las gargantas de los profundos va- » lles.» (3)

«Cuando el *Orion* y *Sirio* llegaren á la mitad del cielo (el zenit), y cuando la *Aurora de los rosados dedos* (ῥόδεδάκτυλος Ἥως) esté mirando á *Arturo* (4), » cojerás entonces todas las uvas, las llevarás á tu » morada esponiéndolas al sol seis dias con sus seis » noches. Ténlas á la sombra otros cinco dias, y al sexto » ya puedes encerrar en las vasijas estos presentes del » alegre Baco. Cuando las *Pléyadas*, las *Hiadas* y el im- » petuoso *Orion* hayan desaparecido, acuérdate que es la » estacion de la labranza, y así concluye el año con los » trabajos campestres.» (5)

(1) ILIADA. Lib. III, v. 5; IV, 75; X, 44; y XX, 348.

(2) ILIADA. Lib. XI, v. 62.—Algunos traductores latinos por el contrarió dicen *exitialis stella*, estrella perniciososa; pero es una equivocacion, porque aquí ὄλλυμι no sale de la raiz ὄλλυμι, sino del verbo inusitado y defectivo εὐλε, vale, pásalo bien.

(3) ILIADA. Lib. I, v. 71, 430 y siguientes.—Véase la descripcion del escudo de Aquiles en el Lib. XVIII, v. 478 y siguientes.

(4) Por estar tan cercana al Polo.

(5) Téngase presente que estas palabras de la ODISEA son las mismas de la ILIADA.

(1) Como que debía ir caminando de Poniente á Levante.

(2) Por lo que respecta á la navegacion de Ulises véase: ODISEA. Lib. V, v. 270; y para la de los demas personajes citados: IBID. Lib. II, v. 422; IV, 842; XV, 280; XVI, 351, etc.

(3) POEMA DE LOS TRABAJOS Y DE LOS DIAS. Lib. II, v. 381.—389.

(4) Esto es, la *Cola de la Osa*, estrella de primera magnitud situada en la constelacion de *Bootes* hácia la que parece dirigirse la cola de la *Osa mayor*.

(5) POEMA DE LOS TRABAJOS Y DE LOS DIAS. Lib. II, v. 607 y siguientes.

« Si se ha apoderado de tu alma el deseo de la peli-
 » grossa navegacion, guárdate de la época en que la Plé-
 » yadas, huyendo del impetuoso Orion, van á sumergir-
 » se en el tenebroso mar; entonces se desencadenan los
 » vientos: no espongas tus naos á los fueros del negro
 » Ponto. Mas te valdrá, si sigues mi consejo, que la-
 » bres la tierra; saca á la orilla tu nave y sujétala con
 » piedras. No olvides vaciar la sentina, para que no se
 » pudra con la lluvia de Júpiter. Guarda con cuidado los
 » aparejos en tu casa doblando delicadamente las álas de
 » tu bajel. Cuelga al humo de tu hogar el primoroso ti-
 » mon y espera la estacion favorable para las correrías
 » marítimas. Lanza al mar tu ligero buque, llénalo de
 » conveniente carga á fin de que á tu vuelta te produz-
 » ca la granjería apetecible que salistes á buscar; así lo
 » hicieron tu padre y el mio.» (1)

A la *Teogonia* del mismo HESÍODO se la considera como una coleccion de fábulas físicas y astronómicas. —Puesto ya en movimiento el espíritu de reflexion y exámen, se ha lanzado en una carrera en que ya no debe detenerse en adelante.

Este es el principio de la ciencia astronómica que ha roto el cielo de la *ILIADA*; pero todavía no presenta la *ODISEA* un sistema bastante completo para reemplazar al que ya no puede subsistir. Las nociones nuevas, adquiridas durante la composicion de este poema, tienen un carácter transitorio que revela mas y mas una comunicacion accidental, recibida de otros pueblos mas adelantados, y no el propio esfuerzo de los Griegos sobre sí mismos. El sitio de Troya y la vuelta de los gefes vencedores debieron poner á estos en relacion con los Fenicios, de quienes pudieron adquirir, y adquirieron en

efecto, las prácticas de adivinacion de que nos habla Moisés, prácticas que habian sido desconocidas para ellos hasta entonces.—Hay mas, los Griegos han mezclado con esta ciencia un sin número de confusas fábulas, cuyo senti lo desconocieron completamente; así pues, no era posible que dicha ciencia hubiera nacido entre ellos. Tal es el encargo atribuido á Mercurio de llevar las almas á los infiernos, idea oriental nacida de los movimientos del planeta de este nombre y de sus frecuentes inmersiones debajo del horizonte. Tal es igualmente la fábula de los amores de Marte y de Vénus, fábula que segun LUCIANO tuvo su origen en las numerosas conjunciones de estos dos planetas, fábula por último enteramente estraña á la *ILIADA* y en la que no es Vulcano marido de Vénus.

Por todo lo cual vemos que la marcha de la adivinacion coincide perfectamente con la elevacion del cielo y de los dioses, y que estos dos progresos se esplican mejor por medio de la iluminacion súbita de una luz prestada, que por el trabajo lento é interrumpido de varios individuos que pertenecieron á épocas diversas. Esta circunstancia está á mi ver evidentemente demostrada, ya por el menguado progreso de esa Ciencia adivinatoria, ya por la poca elevacion del mismo Cielo, y ya en fin por la inevitable perturbacion que debió producir en las ideas del poeta la adquisicion de estos conocimientos estraños, posteriores á la composicion de la *ILIADA* y que presidieron á la de la *ODISEA*.

En un tercer artículo nos proponemos reasumir lo espuesto en este y el anterior, y deducir, conforme á los principios de la CIENCIA NUEVA, las consecuencias favorables al objeto que nos propusimos al emprender este ensayo.

(1) POEMA DE LOS TRABAJOS Y DE LOS DIAS. Lib. II. v. 814.

ALFREDO ADOLFO CAMUS.

RECUERDOS DE CATALUÑA.

MONSERRATE.

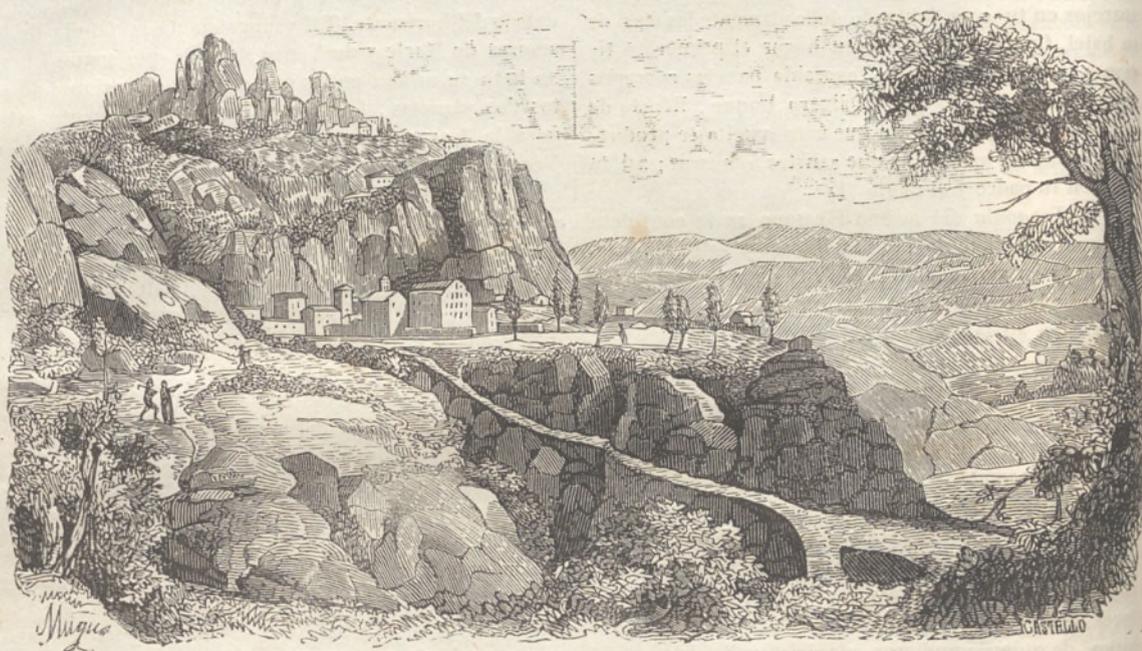
Quizá no hay en España pais que conserve tan bellas tradiciones como Cataluña, quizá no hay en España pais que como él pueda proporcionar tan bellas páginas á la historia, tan curiosas leyendas á la novela, tan admirables personajes al drama. Sembrado de monumentos y recuerdos históricos, presenta á los ojos del viajero un campo vírgen, una mina sin explotar, no obstante ser cada pueblo una tradicion, cada monte un recuerdo, cada piedra un monumento. Ignoramos á la verdad por qué alguno de nuestros numerosos escritores no ha demandado inspiraciones á sus campos ricos en

flores, á sus montes de salvaje vejetacion, cuyas desnudas puntas se cubren á menudo con un rico turbante de nubes, á sus hermosas y coquetas ciudades, á sus aruinados Monasterios, á sus caballerescos castillos.

Nosotros, empero, que somos catalanes, vamos á consagrar algunos cortos y mal trazados artículos á nuestra noble patria, á recordar en ellos algunas de las fabulosas leyendas que mas de una vez nos han adormecido en nuestra cuna ¡ y ojalá que nuestra patria tenga á bien consagrar algun dia un recuerdo á nuestra ignorada tumba, como nosotros le consagramos en vida nuestra pluma!

Lo que de pronto se presenta á nuestra imaginacion al recordar la heroica y salvaje Cataluña, es Monserrate, bello Monasterio edificado sobre montes, que tal vez no tengan igual. Rodeado de picachos altivos y desnudos que remedan mil creaciones de la naturaleza, debe su fundacion á *Wifredo el Velloso*, primer Conde de

Barcelona, á Wifredo el noble que faltó su escudo de divisa, logró que el Emperador Cárlos aplicase su mano á una herida que acababa de recibir peleando por él en campo de batalla, y acercándola en seguida á su escudo dejase en ella la ensangrentada mancha de sus cuatro dedos, diciendole: *Conde, estas serán vuestras armas.*



(Vista del Monasterio de Monserrate.)

Curiosa es la historia que de su fundacion nos cuentan los anales de dicho Monasterio. La relataremos á nuestros lectores tan sucinta y sencillamente como nos sea dable.

Corria el año del Señor 880, cuando se retiró á habitar aquellos desiertos y salvajes montes, Juan Garin, primer hombre que en ellos vivió en clase de ermitaño. Aun se enseña actualmente la cueva en que fué á retirarse y en la cual entregado á sus penitencias y meditaciones, alimentándose de frutas silvestres, vivia ignorante de lo que pasaba en el mundo. Pecador arrepenido, quizá en sus mocedades, se habia entregado al mundo en demasia y buscó despues un lugar en que pudiese ocultar la soledad sus remordimientos y el ayuno y la penitencia su sincero arrepentimiento. Es muy probable que su vida fué demasiado santa desde entonces, puesto que al diablo, personage muy egoista, hubo de desagradarle en gran manera. Discurrió pues un medio para volverle á buen camino, como él debía decir, y se le presentó en forma de un hombre, pecador tambien y arrepenido, que queria elevar en la soledad sus santas oraciones y complacer á Dios con sus ayunos y penitencias. Mal le hubo de venir á Juan Garin habi-

tar con un compañero, pues era su único objeto y anhelo hallarse solo, pero fueron tantas las razones que el otro le dió, tanta la elocuencia que empleó en favor de su proyecto, que se avino el ermitaño á vivir con él con la condicion que habitaria una cueva no muy lejos de la suya, cerca del lugar que hoy es Monasterio y conservada hasta el dia con el nombre de *Cueva de Satanás*.

Pasóse algun tiempo viviendo entrambos en santa paz y concordia; pero ni eso convenia á los proyectos del diablo, ni era eso lo que al buen señor le acomodaba.

Muchos son los diablitos que diz que tiene Satanás á su disposicion. Comisionó pues á uno de ellos para que atormentase, y entrase en el cuerpo de la hija del Conde de Barcelona. Dicho y hecho: D. Wifredo quiso que le desterrasen á fuerza de conjuros; valiéronse de todos los medios que prescribe la Iglesia para semejantes casos, pero tan solo lograron que les dijese el diablo á grandes voces que el único medio de salir era por las oraciones del ermitaño Fray Juan Garin que habitaba en Monserrate, y eso dejando á la dama en la cueva del ermitaño para orar con él nueve dias seguidos, pues de no ser así, aunque una vez se esc, otra vez ornaria.

Aquí nos place transcribir un párrafo de la crónica que sobre tan curiosa historia nos ha ilustrado.

«Luego que el Conde oyó esto, como le penase mucho la pena de su hija, se puso en camino con ella. Y recaudó con muchos ruegos, y con la intercesion tambien del ermitaño compañero Fray Satanás, que se lo persuadió, que la hija del Conde quedó en la cueva de Fray Juan Garin, y el Conde se bajó á un pueblo pequeño que estaba al pié del monte llamado Monistrol. Nació desta morada de la doncella con el ermitaño un gran mal recaudo y fué que poniendo en ello todas sus fuerzas el diablo, y descuidándose el siervo de Dios cayó en pecado carnal con la doncella; y como advirtiese lo que habia hecho, quiso tomar consejo de su compañero, y húbole tal cual era el consejero, y fué que como los pecados públicos ofendian á Dios mas que los secretos, especialmente los de los religiosos por el deslustre que el órden de servir á Dios recibe, era necesario matar aquella doncella, porque no descubriese tan feo caso como hiciera, y así lo hizo, que la mató, y enterró lejos de su cueva, dándose prisa en ello.»

Hé ahí el modo como nos relatan semejante caso nuestras antiguas crónicas. Continuemos ahora el hilo de nuestra relacion.

Pasaron los nueve dias señalados y vuelto el Conde á la cueva, supo por boca del ermitaño que su hija se habia ya salido de ella para irse á juntar con él en Monistrol. Mandóla buscar Wifredo por todos parages y en todas direcciones, pero no hubo de dar con ella y volvióse á Barcelona herido y desgarrado su corazon. El desconsuelo del padre que debió presenciar Garin, fué bastante á hacer que atroces remordimientos le punzasen el alma, é inquieto, desasosegado sin que hallase consuelo en sus rezos y plegarias, sin que lograrse descansar de dia ni de noche, creyó lo mas acertado ir á suplicar al Padre Santo le absolviese de su grave falta. Hizolo en efecto así. Oídos que fueron por el Santo Padre sus grandes pecados, le mandó que en justo castigo debia volver desde Roma á Monserrate andando siempre de rodillas, sin alzar los ojos al cielo, comiendo yerbas y bebiendo agua como si fuese una fiera, y esto hasta tanto que un niño de tres ó cuatro meses le dijese que Dios le habia perdonado. Dura era de cumplir tal penitencia, pero no hubo Fray Juan Garin otro remedio que sujetarse con la voluntad del que le hablaba en nombre del Señor.

Púsose, pues, en camino para Monserrate del modo que le fué mandado, y recurriendo otra vez á nuestra crónica, «como se le rasgasen las ropas, crecióronle tanto los cabellos en toda su persona, é hízose tan belloso, que mas pareció un oso ó algun otro animal que no persona, especialmente por el continuo andar de manos y rodillas mirando á la tierra.»

Así pasó dias y mas dias el buen Fray Juan Garin, purgando su delito, bebiendo en las aguas del rio Llobregat y comiendo la yerba que á su paso encontraba. Llegó un dia en que los montes en los cuales tan dura penitencia hacia el siervo de Dios, fueron invadidos por un tropel de cazadores, que hacian retemblar sus rocas con el sonido de sus cuernos de caza, con el relincho de sus

caballos y el continuo alarido de sus perros. El Conde de Barcelona D. Wifredo era el que por aquellos lugares iba á caza de javalies. Varios de sus cortesanos, adelantándose mas que los otros en su carrera, toparon con la que ellos creyeron una fiera y no era otra cosa que el pecador Garin. Fueron con él á la presencia del Conde, el cual dejándose llevar del mismo engaño que sus cortesanos, lo mandó á su palacio de Barcelona y allí le hizo servir y cuidar como á un animal desconocido y precioso. Presentóle algunos dias despues á la Condesa, y como tuviese en sus brazos un niño que acababa de dar á luz tres meses hacia, vióle este y le dirigió al momento la palabra con clara y vibrante voz, diciéndole: *Levántate Fray Garin que Dios te ha perdonado tus pecados.*

Grande fué la sorpresa de los presentes al oír hablar á un niño de tan corta edad, ya un fué mayor y mas grande cuando vieron efectivamente levantarse y tomar las formas de un hombre lo que hasta entonces habian ellos creído una fiera.

Descubrió entonces el arrepentido pecador al Conde todo lo que habia sucedido, y Wifredo á fuer de noble y generoso le perdonó como Dios le habia perdonado por boca de su hijo. Lo único que á Fray Garin le pidió el noble Conde, fué que le acompañase al sitio mismo donde fuera enterrada su hija, para sacarla de allí y colocala en su sepultura. Avinose á ello Garin y partieron de Barcelona con este objeto.

Aquí es preciso que les demos cuenta á nuestros lectores de un caso sucedido en el mismo monte de Monserrate durante la penitencia de Fray Garin por las riberas del Llobregat.

Hay en dicho monte otra cueva que se muestra hoy dia entre la Iglesia de San Miguel y el Monasterio. Estando pues varios muchachos guardando cabras y bueyes cerca de dicha cueva, observaron que todos los sábados por la noche bajaban luces del cielo á aquel lugar, acompañadas de cantos melodiosos y celestiales. Descubrieron al cura de Aulesa, pueblo allí cercano llamado hoy Olesa, tal prodigio; llamó este al obispo de la ciudad de Manresa y acompañados de muchas personas religiosas fueron y descubrieron en la cueva una imágen de la Virgen María, Madre de Dios, con su Hijo entre brazos. Sacáronla de allí en solemne procesion, pero al llegar á un punto mas elevado del monte, quedóse allí parada la Virgen, y por mas que hicieron no pudieron moverla de allí. Creyeron todos, como era natural, que allí queria ser venerada y al instante construyeron una pequeña capilla, en la cual y para cuyo servicio se quedaron el cura de Aulesa y otros religiosos.

Acertaron por aquel entonces á llegar allí el Conde de Barcelona y Fray Juan Garin en busca del cuerpo de la doncella. Aquel era casualmente el mismo sitio en que estaba enterrada la hija de Wifredo: cavaron pues la tierra junto á la puerta de la capilla y fué hallada la hija del Conde viva y con tan solo una señal como de cinta colorada que rodeaba su garganta, indicio único de que habia sido degollada. Admirable y milagroso era el caso, y en tal manera sorprendió al noble Wifredo que mandó

al momento mismo construir un Monasterio de vírgenes santas instituyendo por Abadesa de él á su propia hija.

Hé ahí pues explicado, cómo nos cuentan las crónicas la fundacion de ese Monasterio que tanta celebridad

ha adquirido y que tan prodigioso número de peregrinos ha albergado siempre en su recinto.

Transcurridos algunos años de lo que acabamos de relatar, cuando ya la muerte habia cerrado los ojos de



(Vista interior del jardín del Monasterio de Monserrate.)

la noble Abadesa, tan milagrosamente salvada, uno de los sucesores de Wifredo, el Conde Borrell, hizo trasladar las monjas de Monserrate á otro Monasterio que les fundó en el monte de Monjuich y puso en el primero monges de la orden de San Benito, teniendo esto lugar el año 976. Por el mismo tiempo compró el Conde Borrell varias posesiones que algunos caballeros tenían en aquel monte y las dió al Monasterio, entre otras una que estaba cerca del lugar llamado Collbató, cuyo señor se apellidaba Monserrate, del nombre del monte, y del cual es oriundo el linage de los Monserrates, caballeros del reino de Valencia, que han prestado señalados servicios á su patria.

Desde entonces acá siempre ha sido este famoso Monasterio habitado por santos y piadosos varones. Muy

comun era pocos años atrás el que se retirasen á sus alrededores, en unas ermitas dispuestas al efecto, que nos acordamos haber visto, varios sugetos dispuestos á vivir solitarios el resto de sus dias.

Hace muy pocos meses que la Virgen ha sido otra vez colocada en su capilla, pues de ella la sacaron cuando los acontecimientos del año 1835, y no es ahora extraño observar las continuas romerías que al Monasterio hacen las familias catalanas, siendo digno de notar cómo vuelven á sus hogares conservando la antigua costumbre de adornar con ramas de árboles sus carruages y caballos, señal inequívoca de haber visitado el célebre y famoso *Monasterio de Monserrate*.

MISTERIOS DEL CORAZON.

CAPITULO V.

Explicaciones.



URANTE el tiempo que Clementina y su marido fueron juntos en el coche, ninguno de los dos desplegó sus labios; solamente al llegar á la casa de la Marquesa, dijo él en tono dulce y suplicante.

—Amiga mia, deseo tener una conferencia con vos.

—Mañana, repuso ella con alguna turbacion, mañana os recibiré á la hora que gustéis.

—¡Mañana! exclamó Luis tristemente. ¿Quién sabe si mañana podré venir?

Clementina, que habia olvidado un momento el peligro de su esposo, se estremeció, y lanzó un grito sordo.

—Entrad, dijo despues, saltando con ligereza del carriage.

Nunca al acudir á una cita misteriosa de amor, habia sentido el Marqués una emocion tan profunda, tan poderosa, como al pisar aquellos umbrales de que habia sido desterrado. A cada momento se detenía para contemplar un mueble que le traía á la memoria un recuerdo grato; para reconocer un sitio donde viviera en otro tiempo; para aspirar el perfume que se escapaba tibio y voluptuoso de las macetas de porcelana que Clementina se complacia en cuidar con singular esmero. Despues miraba á su muger que iba á su lado lánguida y pensativa, hermosa y melancólica, y preguntábase á sí mismo cómo habia podido no amar antes á aquel ángel de amor, de virtud y de sufrimiento. Una idea amarga envenenaba estos risueños pensamientos; pensaba Luis que la Marquesa habia trocado su resplandeciente aureola de pureza y de santidad, por la efímera corona de rosas que cubre las sienas de las mugeres del gran mundo. Entonces sentía su furor reconcentrado, no contra su desgraciada víctima, sino contra el inicuo seductor de quien esperaba tomar pronta venganza. Luego, cuando su irritacion se calmaba, reconocíase él solo culpable, y su enojo se cambiaba en una desesperacion.

En esta disposicion de espíritu se hallaba, cuando alzando los ojos reconoció en el lugar adonde su esposa

le acababa de conducir, el gabinete mismo en que la habia hablado por última vez un año antes.—Nada estaba mudado en él; todo conservaba el mismo aspecto virginal y tranquilo; allí se veía el sillón de raso azul, en el que Clementina se sentaba para hacer labor, delante de una mesita de laca; mas lejos brillaba el tocador dorado, con todas esas mil graciosas fruslerías de las personas elegantes; en altos jarrones de pórfiro flores tan bellas como las del mes de Mayo, despedían sus penetrantes aromas; en otro lado una jardinera de mosaico ostentaba tambien plantas raras y preciosas.—Era aquella una verdadera estufa, donde se entreabrian de continuo mil encendidas corolas, pues la Marquesa amaba las flores como todas las organizaciones nerviosas y apasionadas.—En fin, por la puerta entornada de la alcoba—la misma desde la cual escondido Eugenio escuchó la postrera conferencia del separado matrimonio—por aquella puerta se divisaba el casto lecho de Clementina, con sus blancas colgaduras de batista bordada, y con su aguda flecha de plata que le servía de remate.

El Marqués lanzó un profundo suspiro al reconocer el aposento, y de sus ojos brotaron dos lágrimas, mientras se dejaba caer en un sillón obedeciendo la invitacion muda y ceremoniosa de la beldad hospitalaria.

Hubo algunos minutos de silencio, que Luis empleó en recobrar su calma, y en disponerse para la explicacion que habia solicitado. Pero pronto le llamó la atencion otra causa mas importante, al fijar sus ojos en el rostro de Clementina. Sumida en el mas completo enagenamiento, por instantes palidecia, y por instantes poníase encendida como el carmin. Con una mano sostenía su cabeza trémula; con la otra, colocada sobre su seno, parecia querer comprimir los violentos latidos de su corazón. En aquel semblante tan bello, tan espresivo, tan perfecto, leíanse fácilmente todas las sensaciones que la agitaban, y uno á uno se podían descifrar los mil temores que se sucedían en su ardiente imaginacion. Por último, esta inquietud fué tan viva, que la jóven se puso en pié, y mirando á su esposo con ansiedad, exclamó juntando dolorosamente las manos:

—¡Dios mio! ¿Pero vais á batiros?....

Una idea siniestra cruzó por la mente de Vivarrambla, quien repuso con una sonrisa sardónica:

—¿Temeis por el Conde ó por mí, señora?

La Marquesa vaciló, y como si hubiera recibido un

golpe, inclinó la cabeza, murmurando con angustia y desesperacion:

—¡Ingrato! ¡Ingrato!

Fueron pronunciadas estas palabras con un acento tan penetrante, en un tono tan tierno de reconvenccion, que el Marqués sintió en un momento disipadas sus dudas, y acudió con rapidez á recibir en los brazos á Clementina que no podia sostenerse.

—¡Perdon! ¡perdon! exclamó Luis, hincando una rodilla en tierra, y cubriendo de besos las blancas manos que ella le abandonaba.

—¡Ingrato! ¡Ingrato! volvió á repetir la Marquesa, sonriendo con aquellas caricias en medio de sus lágrimas.—¡Ingrato! prosiguió con voz interrumpida ¡cuando por él he perdido no solo mi tranquilidad, sino hasta lo único que poseia, mi reputacion, mi honra!

El Marqués, á este recuerdo, se separó bruscamente de su esposa, la que recobrando su energía y su calma, dijo con una solemnidad digna é imponente:

—Escuchadme, señor Marqués, porque quiero justificarme á vuestros ojos de las sospechas que habeis concebido, y para las cuales, lo confieso, teneis suficiente causa.—El fallo del mundo me importa poco... ó por mejor decir, no me importa nada, porque á los que ridiculizan en vez de compadecer al que sufre, al que es desgraciado, no se les debe satisfaccion alguna; sin embargo, vos á quien amé un dia con delirio, vos que me habeis dado vuestro nombre, debeis saber que las apariencias han podido condenarme, pero que solo me he vengado de vos en mí misma.

Una sonrisa de incredulidad volvió á entreabrir los labios del Marqués, que sin embargo no respondió una palabra.

—¡Esta es la verdad tan pura, exclamó Clementina con vehemencia, como puede salir de los labios de Dios! Oidme ahora, y si me creéis, compadecedme; sino me creéis, despreciadme, pues á las faltas de que me acusais habré añadido la de la hipocresía.

Un golpe dado tímidamente en la puerta del gabinete, interrumpió en este punto á la Marquesa.

—Entrad, dijo ella, sin levantarse de su asiento.

Y Julia, la linda camarera apareció entonces, confusa y ruborosa.

—¿Qué quereis? preguntó Clementina con impaciencia.

—Puede V. S., señora, repuso la jóven tartamudeando, mas á fuera... hay... una persona... que insiste en hablaros... á pesar de la hora...

Si es el Conde, decidlo claro, interrumpió la Marquesa sin inmutarse.

—El es, señora, balbuceó la muchacha asombrada.

El Marqués se puso en pié, en actitud amenazadora.

—Hacedle entrar aquí, dijo Clementina, con su envidiable tranquilidad, á Julia que se apresuró á obedecer aquella orden inconcebible.

—Ahora, amigo mio, seguidme, añadió la de Vivarrambla tomando á su marido de la mano. El cielo quiere que mi justificacion sea completa.

—Pero, señora, exclamó violentamente el Marqués, ¿pensais que consentiré nunca en esconderme?

—Detrás de esa cortina vereis todos mis movimientos, y escuchareis todas mis palabras; si lo juzgais necesario, salid; aunque estoy segura de que no saldreis.

El marido, sin saber lo que le pasaba, se escondió entre las blancas colgaduras de la alcoba, al tiempo mismo en que el amante entraba precipitadamente en el gabinete.

Despues de saludar á la Marquesa, quien habia vuelto á sentarse, el Conde, tomando tambien asiento, dijo con un acento irónico que revelaba su concentrada ira.

—Ante todo, debo daros las gracias, señora, porque por primera vez os habeis dignado recibirme en vuestra habitacion, y lo que es mas, de noche.

Clementina volvió la cabeza hácia las cortinas de la alcoba, que se agitaron levemente, como si las moviera una brisa suave.

—Sin duda, continuó Eugenio, que es un gran favor el que me otorgais, pues quizás mañana no estaria en posicion de usar de él, y necesito aprovechar el tiempo.

Y como viese que la Marquesa no respondia, añadió en un tono que descubria cada vez mas su furor.

—No ignorais sin duda que mañana debo batirme con vuestro esposo.

La de Vivarrambla por toda respuesta inclinó ligeramente la cabeza.

—Pues bien, señora, prorrumpió el Conde exasperado por tamaña frialdad, ya que me espongo á morir, es menester que sea por algo.

—No os entiendo, amigo mio; dijo Clementina recalcando mucho estas últimas palabras.

—¡Vuestro amigo! repuso con la misma violencia Peñafior. ¿No me ofrecisteis cierta noche que yo estaba oculto en esa alcoba, oyendo vuestra última conferencia con vuestro marido; no me ofrecisteis espontáneamente entonces el nombre de amante vuestro?

—El nombre, teneis razon; pero vos lo decís; el nombre, solamente el nombre; tambien recuerdo que tuve cuidado de añadir: «y nunca exigireis de mí nada mas de lo que yo os otorgue.» Tampoco he olvidado la galante respuesta que os merecí: «Yo aceptaré siempre, dijisteis, todo cuanto proceda de vos.»

—Es verdad, señora, contestó el Conde, cuya exaltacion iba en aumento; pero nunca pude imaginar que intentarais hacerme juguete vuestro, instrumento de vuestra conyugal venganza. Porque el Marqués os puso en ridículo á los ojos de la sociedad, quisisteis vos hacer lo mismo mas tarde, no vacilando en sacrificar vuestra fama, para satisfaccion del amor propio; porque no os amó nunca, porque os faltó y os ultrajó, quisisteis tambien fingir una pasion que nunca os he inspirado, devolviéndole así la infamia y el baldon que él habia arrojado sobre vos... ¿Pero no os ocurrió nunca, Clementina, que yo podia cansarme algun dia, y reclamar algo mas de lo que me habeis concedido?

—Veo, dijo la Marquesa sonriéndose, que habeis adivinado el secreto móvil de mi conducta. Teneis razon, ese fué mi plan; y confieso que me ha salido á las mil maravillas. En cuanto á vos, menos que nadie teneis derecho de quejaros: decid sino he cumplido la única

promesa que os hice; decid si jamás he alimentado locas esperanzas, ó si no he rechazado siempre vuestras amorosas solicitudes. Si yo hubiera encontrado en vos una pasión verdadera hácia mí, sin duda que no os habria hecho, como dijisteis poco há, instrumento de mi venganza conyugal; pero yo calculé que nuestros diversos intereses podian coincidir en un mismo punto. Yo, por amor propio, como tambien habeis dicho con mucha exactitud, queria tener un amante á los ojos del mundo: vos, igualmente por amor propio, ó mas bien por vanidad, queriais aparecerlo mio, para que todos repitiesen: «Esa muger tan bella (porque dicen que lo soy mucho), tan recatada, tan esquivada, se ha vendido por fin al irresistible Conde de Peñafior; la Marquesa de Vivar-

rambla es ya la querida del elegante, del envidiado Eugenio.» ¿Y hay en el dia una sola persona que dude de la verdad de esta mentira? ¿No he inmolidado mi reputacion en las aras de vuestro orgullo? ¿No está aun colmada vuestra ambicion? ¿Si mañana quisiéramos terminar esta farsa, no serian irremediables para mí los daños, no serian para vos siempre las ventajas? ¿No os habia realzado yo para con muchas mugeres, que antes quizás acogerian con desden vuestros obsequios, y que los codiciarán ahora?

—Todo eso es muy lindo, señora, respondió el Conde; mas ¿y si mañana recibo una estocada en premio de mañana ventura?

—¡Ah! ¿sois cobarde tambien? dijo Clementina ha-



ciendo un gesto desdeñoso; ¡y todavía en vuestra vanidad os preguntareis, cómo es posible que yo no os haya amado!

—¡Señora! exclamó Eugenio levantándose bruscamente.

te, y echando chispas por los ojos; señora, ese insulto...

—Amigo mio, las verdades no son insultos. Además, bien sabeis que siempre he sido franca con vos; en otro tiempo, cuando se hubo calmado la exaltacion del ins-

tante, os dije tambien que era una accion villana el haber sustraído las cartas amorosas de mi esposo para presentármelas á mí.

Las cortinas de la alcoba se agitaron en este momento con violencia; pero la Marquesa dirigió hácia allí una mirada tan inefable, tan dulce, tan apasionada, y que la blanca batista perdió poco á poco su ondulacion.

—Ha llegado la hora, señor Conde, prosiguió Clementina con severa dignidad, de que termine para siempre la farsa que durante un año hemos representado; vuestro fin está cumplido; el mio tambien. Vos no me amais; yo no os estimo...

Y notando el gesto amenazador de Eugenio, añadió en tono firme:

—Os hablo con esta franqueza, señor Conde, porque nada tengo que temer de vos. Ninguna prueba secreta poseeis que pueda perjudicarme; el fallo de la sociedad me decidió á arrostrarlo cuando imaginé mi venganza, porque sé muy bien que puede una pasarse sin la estimacion de los demas, cuando su conciencia de nada le acusa, cuando Dios, y tal vez alguno mas (y volvió la cabeza hácia la alcoba) conocen su inocencia. No creais que rebajo mi falta; he sido culpable, mancillando una reputacion que no era mia sola, que era tambien de mis hijos; mas hay ciertos dolores tan grandes, tan profundos, tan irresistibles, que roban la razon momentáneamente; los celos es uno de ellos, sobre todo cuando son producto de un amor vehemente. Así las almas elevadas y generosas me compadecerán, absolviéndome despues de comprenderme; para el vulgo, para los necios y los malvados me importa poco aparecer criminal ó ridícula. ¿Queréis vos, señor Conde, compadecedme ó amarme?

—Ni lo uno ni lo otro, señora; repuso Peñafior con un despecho que ya no trató de ocultar; quiero imitaros, quiero vengarme.

La Marquesa le miró, y se sonrió desdeñosamente.

—¿Me desafiáis todavia? repuso Eugenio con una violencia extraordinaria. ¿Creeis que me faltan medios de realizar mis amenazas? Temedlo todo, Clementina, porque á todo estoy resuelto.

—Sin duda, dijo la jóven, sonriendo siempre, sin duda ignorais que el Marqués es muy hábil en el manejo de todas armas.

La rabia del Conde no conoció ya límites; acercóse ligeramente á Clementina, y la asió con fuerza de ambas manos, exclamando con voz sorda y comprimida:

—¡No importa, no importa, me vengaré, os lo juro!

En seguida se lanzó fuera de la habitacion con una rapidez tan prodigiosa, que el Marqués, cuya paciencia se habia agotado, al salir precipitadamente de la alcoba para castigar al que insultaba á su muger, no encontró ya sino á esta que le tendió la mano, con una espresion sublime de inefable contento.

—¡Perdon! ¡otra vez perdon! murmuró Luis cayendo á los pies de Clementina.

—¡Yo habia soñado este dia! dijo ella estrechando la bella cabeza del Marqués entre sus hermosos brazos.

Dos horas despues, cuando la aurora apuntaba apenas, salia misteriosamente el marido del cuarto de su es-

posa, como si fuera de una cita culpable; ella le acompañaba con la frente lánguidamente apoyada en su hombro, con los cabellos tendidos sobre su blanca espalda, con los ojos fijos en los de él, aunque empañados por las lágrimas.—Los dos bajaron la escalerilla secreta de que tienen noticia nuestros lectores, y llegaron á la puerta de la callejuela escusada. Allí el Marqués estrechó contra su corazon el talle flexible y elegante de Clementina.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo la Marquesa. ¡Ahora conozco cuán culpable fui!

—¡Culpable tú! contestó Luis con entusiasmo. ¡Culpable cuando han sido sublimes tu virtud y tu generosidad!...

—¡Oh! ¡Si murieras! añadió ella sollozando.

—¡Morir! ¡Y tú me amas! ¡No, tú lo dijiste; soy muy hábil en el manejo de todas armas!

Hubo una larga pausa, durante la cual corrían silenciosas las lágrimas de la Marquesa: un reloj dió entonces las cinco.

—¡Adios! exclamó Luis desprendiéndose de los brazos de su muger.

—¡Adios! repuso ella con un acento indescriptible de congoja y de amor.

Luego resonó un ósculo ardiente, apasionado, al que contestó otro dulce, tímido, casi virginal.

Clementina trémula y vacilante, volvió á su aposento, presa de la mas viva inquietud; y dirijiéndose á su oratorio, oró fervorosamente, pidiendo al cielo protegiese la vida del hombre que idolatraba, del padre de sus hijos.

Conclusion.

Dos dias despues, en el propio café de Venecia, donde se verificaron las primeras escenas de esta historia, hallábanse como de costumbre sentados en derredor de una mesa, entre otros varios individuos, tres de los personajes secundarios que han figurado en ella. Eran Solís el abogado, Enrique el estudiante, y Alberto el artista: el primero hablaba, y los otros le oían con la mas atenta curiosidad.

—La cosa sucedió como se la cuento á VV.; el marido y el amante se batieron ayer mañana, de resultas de lo que todos sabemos; y como los frenos estaban trocados, sucedió lo que era de presumir; el Marqués atravesó el brazo derecho del Conde, haciéndole añicos el hueso, de modo que se lo han amputado esta tarde.

Oyóse una exclamacion de asombro, y *el orador* prosiguió así:

—Lo mas singular me parece que es el ser efectiva la reconciliacion del matrimonio: no se engañó el tendero de enfrente cuando nos aseguró que antes del desafio vió salir al Marqués de casa de su muger, porque de vuelta tornó á entrar en ella, segun cuenta Rafael Osorio, que estaba apostado allí cerca de observador.

—¿Y despues?... preguntó vivamente Enrique.

Ahora falta lo mas original. Escuchen VV. atentos, amigos míos, pues el desenlace de la novela es maravilloso, sorprendente.

Todos se agruparon en derredor del jurisconsulto para oír las palabras que iba á pronunciar.

—Anoche, señores, anoche, y lo he visto yo por mis propios ojos, salió la pareja conyugal con toda su prole en el correo de Francia.

Una nueva exclamacion de sorpresa interrumpió otra

vez á Solís, que cuando se hubo calmado el efecto producido por sus noticias, añadió aun:

—Esta mañana, queriendo yo que no me quedase duda alguna, me presenté á la hora de hacer visitas en la mansion abandonada, y salió á abrirme el mayordomo, hombre que, entre paréntesis, es un poco hablador.



—¿Está visible la señora Marquesa? pregunté yo con la mayor naturalidad.

—Ha salido anoche para París, en compañía de su esposo;—me respondió el buen hombre haciéndome una reverencia.

—¡Ah! repuse yo; ¿van á pasar el invierno allí?

—Y algo mas, caballero; el amo me ha dado orden de que haga almoneda de los muebles, y me ha autorizado asimismo para vender la casa.

Aturdido con la noticia, dije maquinalmente:

—Pues no tardará V. en encontrar comprador.

—Ya lo tengo, señor mio: he hecho un negocio magnífico; un amigo del amo que se vá á casar y lo toma todo, muebles y finca.

—¡Ah! dije yo por un presentimiento inexplicable. ¿Y quién es?

—Quizá sea tambien amigo de V.; se llama D. Justo Paniagua.

Quedéme mudo, absorto, estático; pero pronto me sacó de mi enagenamiento el rumor de unos pasos precipitados de alguno que subia la escalera: pronto vi llegar á nuestro buen andaluz, radiante de júbilo y de satisfacción.

Me caso, querido, me caso, me gritó desde lejos; y lo que es mas suerte, me encuentro con esta suntuosa habitacion, que no me venden sobrado cara. Me quedo con todo, hasta con los carruages y las yeguas: desde ahora le ofrezco á V. esta choza, añadió con un resto de su estilo antiguo, y puede V. venir cuando guste. Y no se fastidiará, yo se lo prometo, porque Adela quiere que tengamos bailes, conciertos... qué sé yo... Y como yo no he de hacer sino lo que ella quiera... ¡Ah! Dentro de un mes, la boda; tambien le convidó á V... Habrá *papan-dina* y luego fiesta toda la noche.—Con que, abur, amigo, que voy á tomar posesion de mi casa.

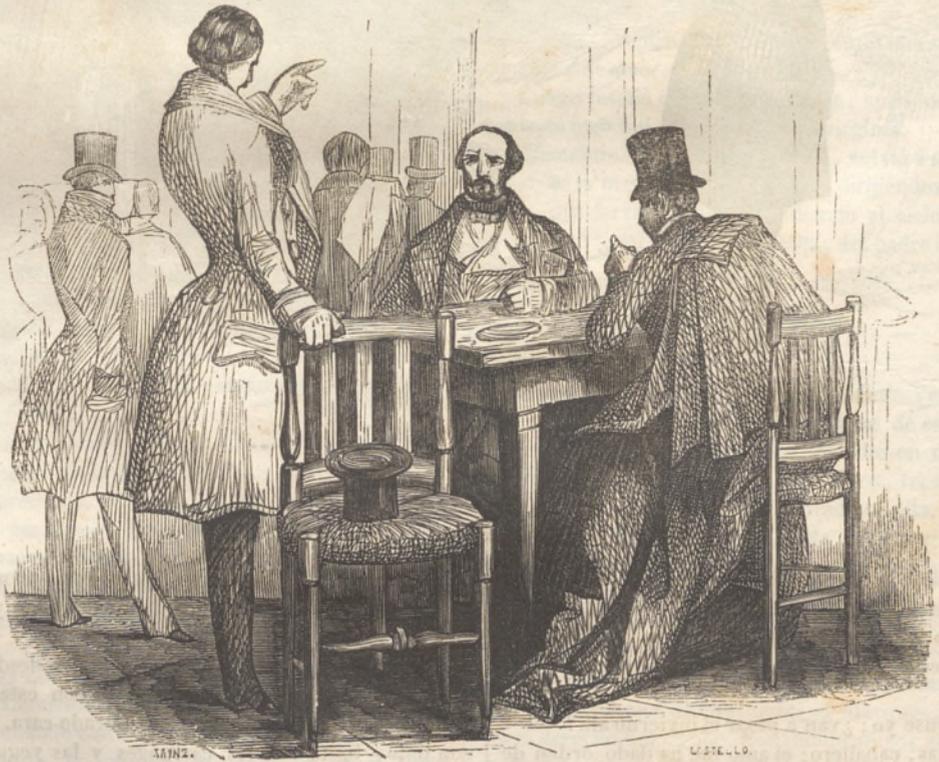
Diciendo así, asió de un brazo al pobre mayordomo y se lo llevó adentro arrastrando. Tan loco le tenia su felicidad.

—¿Ahora, qué dicen VV. de mi historia? ¿Les parece divertida? ¿Les parece curiosa?

—¡ Es irritable! dijo uno haciéndose cruces.
 —¡ Es extraordinaria! añadió otro.
 —¡ Qué tragaderas! repuso un tercero.
 —¿ Cuáles? preguntó Solís, ¿ las del Marqués, ó las de D. Justo?
 —Las de los dos, contestó Enrique: el primero acepta los hechos consumados de su muger; el segundo se re-

gocija de recibir una esposa de manos de otro querido.
 —¡ Eso es absurdo!... volvieron á exclamar todos.
 —¡ Eso es inmoral!
 —¡ Eso es repugnante!
 —No, señores, dijo gravemente Solís, esos se llaman *Misterios del Corazon*.

RAMON DE NAVARRETE.



EL FIN DEL MUNDO.

Casi todos los periódicos europeos han referido la extravagante predicción de un fanático predicador protestante de los Estados-Unidos, llamado Miller, que aseguraba habersele revelado por el Espíritu Santo el día final del mundo. Afortunadamente, y para la tranquilidad de nuestros lectores, nos apresuramos á declarar que el plazo fatal se ha cumplido: el término de la duración del globo, según el visionario americano, ha transcurrido hace algunos meses,

y el globo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío (1).

Una profecía, tantas veces desmentida por el tiempo, no debía al parecer encontrar eco ninguno en este siglo, y mucho menos en ciudades tan ilustradas como las de Nueva-York, Boston y Baltimore; sin embargo no ha sucedido así: la voz atronadora del fogoso Miller que anunciaba para los últimos días de Octubre un espantoso incendio que derramándose de la erizadas sierras, convertiría en cenizas pueblos y ciudades hasta el Océano Atlántico, penetró en la morada de la clase mas pobre y sencilla de sus habitantes, que acudió en tropel á las Iglesias, esparciendo con sus espantosos ahullidos de muerte, el terror y la consternación en los barrios inmediatos.

«Hace pocos días, dice un periódico de aquel país, salieron de Nueva-York grandes turbas de *millerianos* con largas túnicas blancas, que llamaban ropas de ascension, pues iban á despedirse de la vida, en la libertad del campo. Por espacio de cuatro días permanecieron firmes en su fé, vagando á la luz de la luna por los bosques, ó á las orillas del rio. Algunos de los mas fanáticos no tuvieron paciencia para esperar el suceso que debía producir el fin del mundo, y se suicidaron, porque el incendio general no llegaba bastante pronto: uno se arrojó á la catarata del Niágara, y muchos no pudiendo sufrir el tormento moral que habia padecido su espíritu, se han vuelto locos y no hay esperanzas de hacerles recobrar la razon. Hace mucho tiempo que nuestro país no habia presenciado un espectáculo tan triste.»

A muchas y varias reflexiones dan margen estos acontecimientos, que no son referidos por todos los papeles públicos de igual manera. Por de pronto debemos congratularnos de que, á pesar del estado de barbárie en que gratuitamente nos suponen sumidos los estrangeros,

en España es ya imposible sustentar semejantes patrañas: Miller desde el pueblo mas estúpido de nuestra nacion, hubiera ido á dormir á una casa de Orates.

Con resultados mas ó menos grandes, con caracteres mas ó menos ridiculos, estos vaticinios han solido repetirse con sobrada frecuencia desde los tiempos remotos, ora afectando á la tranquilidad de una poblacion, ora influyendo en la marcha y espíritu de toda Europa, de todo un siglo.

Es indudable que el mundo ha de tener fin; prescindiendo de la revelación que así nos lo enseña clara y terminantemente, las leyes mismas de la naturaleza lo demuestran con evidencia, y el asentimiento universal nos lo confirma. Si el mundo fuese eterno seria un ente necesario, seria tanto como su autor, seria Dios mismo. El espectáculo de muerte y desolación que se renueva todos los momentos ante nuestros atónitos ojos, con voz muda, pero profunda nos advierte lo frágil, efímero y perecedero de la materia. Todo varía, todo pasa, todo perece en este mundo: los séres animados, las obras de los hombres, sus huellas, su memoria, hasta la misma naturaleza que parece haber recibido el sello de la inmovilidad, cambia de aspecto de generaciones en generaciones al roce de las álas del tiempo. El mismo mar ascudia la morada de los hombres, y conquista lenta, pero seguramente los campos que nos sustentan; quizá porque en otro tiempo han sido propiedad de los mares.

Ahora bien: si el mundo es perecedero ¿de qué modo ha de tener fin? Vana cuestión por cierto. Una palabra; un *fiat* costó la creación entera, todo el admirable conjunto de soles y globos, y estrellas, de plantas y séres animados en cuya contemplación se pierde y anonada muy pronto nuestra fantasía: la mano estendida de la Providencia lo mantiene: si Dios aparta su mano protectora, el mundo perece tan súbito como existió. Esto lo dicta la razon. Tan solo necesita el Señor *dejar de querer* y todos esos millares de millares de globos que flotan en el espacio, todos esos sistemas planetarios, cuyo respectivo sol es un átomo de ese polvo de estrellas, que cada día se aumenta para nosotros, conforme van perfeccionándose los instrumentos astronómicos; todos perecen, antes del tiempo que se tarda en pronunciar esta palabra. Los hombres sin embargo, queremos medir la Omnipotencia por nuestras pobres y mezquinas fuerzas, y no podemos comprender que Dios haya de destruir las cosas, sino como nosotros las destruimos. Quiere un soberbio y feroz conquistador arrasar un pueblo, ¿y qué hace? lo abrasa.

(1) Quintana.

Quiere Dios destruir su obra, ¿y qué hace? la quema. Así han discurrido los hombres desde la mas lejana antigüedad, con esa lógica mezquina que revela la pequeñez del molde en que se ha vaciado. Casi todos los filósofos estaban en esa persuasion, y los Judíos fundados en el pacto que hizo el Señor con Noé de no cubrir otra vez la faz de la tierra con las aguas de un diluvio, creian tambien que la destruccion final del orbe seria encomendada á las llamas: como si los arsenales de las divinas iras tan solo estuviesen provistos de estos dos elementos desoladores.

Destituida de todo fundamento esta opinion, parece sin embargo que la robustecen los astrónomos, que tan distinguido papel representan entre los fatídicos profetas del próximo fin del mundo, cuando calculan sobre la repentina aparicion de un cometa perdido y errante, que en camino tan ancho tendrá la humorada de tropezarse con el globo terráqueo, el cual saliéndose de la periferia ira por la tangente al centro mismo del sol que se lo sorberá por via de desayuno. Perdónenos el lector esta pequeña digresion un tanto informal porque no es posible guardar la seriedad conveniente en esta materia.

Entre los filósofos antiguos se distinguian los epicúreos por sus temores de la pronta destruccion del mundo, y Lactancio decia espresamente lib. V, v. 98, que el día menos pensado un horrible terremoto produciria un postero y universal desquiciamiento. No es extraño que los paganos teniendo poblado el cielo de innumerables divinidades llenas de envidia y de caprichos, que por la suerte de un hombre, ó por la posesion de un objeto material, se hacian implacable guerra; no es extraño, repito, temiesen que en esos dimes y diretes cualquier dioscello despechado echase á rodar el orbe de sobre los hombros de Atlante; lo extraño es, que los que seguimos la religion de Jesucristo, que no vino á juzgar sino á salvar el mundo, que llamó á su doctrina *Evangelio*, esto es, *buena nueva*, abriguemos el temor del próximo fin de todo lo criado. Verdad es que el Salvador en el capítulo 21 del Evangelio, segun San Lucas, predijo segun unos, la destruccion del templo de Jerusalem y caida del Imperio Romano, y segun otros el fin del mundo, siendo probable y conforme al sentir de los Santos Padres que profetizase ambas cosas; pero Jesucristo nunca dijo que esta catástrofe amenazase próximamente: los apóstoles para convertir á los gentiles nunca se valieron de esta arma aterradoradora, y ni Tertuliano, ni Orígenes en sus exhortaciones al martirio, ni San Basilio y San Juan Crisóstomo en sus escritos sobre la excelencia de la vida monástica hablan una sola palabra del fin cercano del mundo. Esta opinion á semejanza de aquellas aves marítimas que aparecen solamente cuando rujen las tempestades, acompaña por lo comun á los trastornos de las naciones á las calamidades públicas, cuando el corazon oprimido y desesperado lejos de temer, parece que desea la quietud del sepulcro, la tranquilidad funesta de una ruina universal.

En el siglo segundo de la Iglesia, siglo que se invirtió todo entero en derramar sin tregua la sangre de los mártires, aparecieron los herejes llamados Milenarios, que una vez esterminada la raza de los réprobos y antes del

juicio universal prometian á todos los justos un reino de mil años aquí en la tierra, bajo el imperio de Jesucristo, durante el cual se gozaria de toda clase de deleites carnales ó espirituales segun las diferentes opiniones en que se subdividió la secta. Los Montanistas en la misma época predicaban tambien la destruccion inmediata del mundo y la resurreccion de la carne; pero ni unos ni otros lograron infundir grande pavor en el ánimo de las gentes.

La época mas señalada por ese pánico terror fué sin disputa á fines del siglo X y principios del XI. Un ermitaño de Turingia, provincia de la alta Sajonia, llamado Bernardo, estendió esa opinion por toda Europa. Se imaginó, ó fingió haber tenido una revelacion de que los mil años de que habla San Juan en el Apocalipsis, se habian cumplido. En vano los teólogos de aquel tiempo escribieron contra tamaña preocupacion; por una fatal coincidencia la fiesta de la Anunciacion de Nuestra Señora cayó por entonces en Viernes Santo: llovian los escritos y censuras; pero tiene lugar un eclipse de sol poco despues, y este espectáculo tan temido en aquellos siglos de barbarie, y los estragos y guerras de los árabes en España y de los Normandos en Francia, todo esto hacia tanta impresion en la exaltada fantasia de los pueblos que en medio de la consternacion general familias enteras de todos los confines acudian con los pies descalzos á visitar los Santos Lugares de Jerusalem abandonando los bienes de fortuna, y hasta los mismos Reyes desamparaban el trono, trocando el cetro y la púrpura por la esclavina y bordon de peregrinos. El tiempo es la mejor razon contra semejantes extravíos: nunca puede combatirseles de frente: es menester darles cuerda como á la ballena herida por el harpon del pescador para que desfoguen poco á poco su furor y vayan perdiendo fuerzas, hasta que exhaustos de vigor, una mano débil los conduzca á la orilla de la razon y la cordura.

San Vicente Ferrer creyó tambien en la proximidad del fin del mundo cuando la Iglesia estaba envuelta en el famoso cisma que llaman de Occidente. Desde el Siglo XIV son tantas las profecias que se han hecho sobre este particular, mas ó menos remotas, que apenas pasa un año que no sea uno de los plazos fatales, un nuevo desengaño para los ilusos. Los astrólogos y fanáticos de todas religiones son los que alimentan y dan pábulo á la vana credulidad del vulgo. Entre esa multitud de adivinaciones es digna de notarse la del Cardenal Pedro Aliacense, uno de los hombres mas doctos de su siglo; pero tan preocupado con el influjo de los astros, que segun asegura Feijóo, creia haberse podido adivinar por ellos el nacimiento de Cristo. Este fanático señaló el año 1789 como el último en la série de los tiempos, año terrible que lanzó á la Europa la sangrienta revolucion francesa, en medio de la cual sino se desquició el mundo físico, se conmovió desde sus cimientos el mundo moral.

Inseparable de la idea del fin del mundo es para los cristianos la venida del Ante-Cristo. Es este un personaje que se cree ha de venir cuando el orbe toque á su fin, y perseguirá de la manera mas horrible y nunca vista á los que permanezcan fieles al cristianismo. La existencia futura de ese tirano está muy lejos de ser un dogma

de fé: es tan solo una piadosa creencia fundada en la interpretación que muchos Santos Padres dan á diversos pasages de la sagrada Escritura. Pero las divinas letras llaman por lo regular *Ante-ristos* á todos los perseguidores de la Iglesia, segun la etimología de esta voz griega, que significa: *contra Cristo*. Esto es lo que hay de probable ó de cierto. Siguen despues tanta multitud de errores, algunos de ellos los mas absurdos y groseros, que seria prolijo enumerar.

Casi todos los personajes insignemente malvados de todos los siglos han sido reputados por *ante-ristos* ó precursores suyos cuando menos. Quién ha dicho que Nerón ha de resucitar para desempeñar en los últimos dias

del mundo un papel mas odioso aun del que le cupo en los primeros tiempos de la cristiandad: quién asegura que será hijo de un demonio incubo: quién de dos personas consagradas á Dios: otros le hacen Judío y de la tribu de Dán; en fin baste decir á nuestros lectores que un teólogo español llamado Malvenda tuvo la singular paciencia y habilidad de escribir diez y seis libros que tratan exclusivamente de la vida y hechos del Ante-Cristo: á sus inmensas y prolijas cavilaciones, diremos para concluir con el Abate Bergier, solo les falta una cosa: pruebas y sentido común.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

CONTINUACION DE LAS POESIAS

del P. Ignacio Buendia, monge Bernardo del Monasterio de Monsalud, y poeta del siglo XVI.

F.

Lamentacion.

¡Oh musas que ayudasteis
á los que con fervor os han llamado.
no sé por qué olvidasteis
a quien os ha invocado,
y tan de corazon ha suplicado!
Si á los que desventura
tuvieron, ayudasteis á llorarla,
á quien fortuna dura
tan grande quiso darla,
ayudadme os suplico á lamentarla.
Pues el corazon triste
lo siente, dad razones á mi pluma,
que si mucho resiste,
temo que se consuma,
y en nada se convierta como espuma.
Razon es que ablandando
los pechos tanto tiempo endurecidos,
y vuestra ayuda dando
animeis mis sentidos,
pues no es honra herir á los vencidos,
Si al cielo y mar llamará,
con lástima me hubieran respondido:
si á Tetis invocára,
tambien me habria oido,
y en mi necesidad favorecido.
Los dulces pajaritos,
viendo mi pena fuerte y enemiga
dan dolorosos gritos:
yo no sé que me diga,
pues veo todos sienten mi fatiga.
Con mi pasion y pena congojadas
miran hácia la tierra
las fieras de la sierra,
como atemorizadas,
del son de mis gemidos espantadas.
Las yerbas y las plantas,
con mi pena y dolor enteraccidas

no muestran flores tantas,
y las que estan salidas
en sus ramos las tienen escondidas.

No quieren que las aves
en sus umbrosos ramos hagan nidos,
y sus cantos suaves
oyendo mis gemidos,
los tienen grandemente aborrecidos.

Solia estar contento
en mi majada llena de mil flores:
agora son tormento
los pasados dulzores,
y disfavor y pena mis favores.

Era tan estimado
de los demas zagales, que fortuna
me habia sublimado
mas alto que la luna,
sin me dejar sujeto á pena alguna.

No pudo mi deseo
cosa jamás querer que no hallase,
para que, segun veo,
el alma se arrancase
cuando el bien en un punto me faltase.

Estando muy ufano,
muy rico de salud y de contento;
fortuna con su mano
convirtió en un momento
placer, deleite y gloria en puro viento.

Quitóme el alegría,
la que es derramadora de contento,
y despues á porfia
con grande movimiento
procura de buscar mi descontento.

Fué tanta su malicia
que con engaño consiguió traerme
á morir á Galicia,
para no concederme
sitio donde pudiese ni esconderme.

Dulce cosa es el servir
donde hay agradecimiento;
y sino es mayor tormento,

que cien mil veces morir.
 No hay mayor consolacion
 al que sirve con cuidado,
 que entender que ha contentado
 al que ama de corazon:
 y así es gran gusto servir
 donde hay agradecimiento;
 y sino es mayor tormento,
 que cien mil veces morir.

No hay acibar desabrido,
 ni hiel tan amarga y fuerte,
 ni dolor, pena ni muerte,
 como el desagrado.
 No puede el grato vivir
 dó no hay agradecimiento,
 porque es muy mayor tormento,
 que cien mil veces morir.

II.

A Santa Inés.

El que está necesitado
 y remedio anda á buscar,
 si te puede, Inés, hallar
 yo le doy por remediado.

Si tuviera presuncion,
 y en mis obras confiara
 nunca, virgen, te buscará
 ni tuviera devocion.

Temí de ser ahogado
 en las olas de este mar,
 si me quieres ayudar
 yo me doy por remediado.

El que se viere en tormenta,
 si como debe llamáre,
 cuando menos se catare
 tú le sacarás de afrenta:
 por cierta cuenta se ha hallado
 que el que te sabe buscar
 si te puede, Inés, hallar
 yo le doy por remediado.

¿Faltóle la confianza,
 nunca al que sepa buscar?
 nunca bien puede hallar
 quien no tiene en ti esperanza:
 engáñese el engañado,
 yo no me quiero engañar;
 si me quieres remediar,
 yo me doy por remediado.

III.

A San Esteban.

¡Bien haya quien hizo
 cadenicas cadenas,
 bien haya quien hizo
 cadenicas de amor!
 Hizo las de acero

con que el mundo ataba,
 ligaba y mataba
 un cruel herrero:
 ayer un Cordero
 con arte y primor
 hizo cadenicas,
 cadenas de amor.

Millones tenia
 de hombres ensartados;
 los mas estirados
 en cárcel metia,
 esposas ponía
 con arte y furor:

¡Bien haya quien hizo
 cadenicas de amor!

Con su propia mano
 hace una cadena,
 que ata sin dar pena
 un Rey soberano;
 con ingenio extraño
 prende sin dolor:

¡Bien haya quien hizo
 cadenicas de amor!

A ninguno mata
 de sus prisioneros;
 corren mas ligeros
 los que mejor ata;
 ata y no maltrata,
 prende y dá favor:
 ¡Bien haya quien hizo
 cadenicas de amor!

Es el carcelero
 amor sin malicia:
 si hace justicia
 es dando primero:
 hoy un caballero
 prendió de valor:
 ¡Bien haya quien hizo
 cadenicas de amor!

Prendió el corazon
 de un soldado fuerte;
 condenóle á muerte
 sin apelacion,
 llevando el pendon
 siguió á su señor:
 ¡Bien haya quien hizo
 cadenicas de amor!

Con brio galano
 lleva el estandarte;
 de sí no le parte
 gozoso y ufano;
 ganó por la mano,
 quedó vencedor:
 ¡Bien haya á quien hizo
 cadenicas de amor!

Lleva señaladas
 para honra y gloria,
 y para memoria,
 cruces pedradas,
 y estan conmutadas
 en gloria y favor:
 ¡Bien haya quien hizo
 cadenicas cadenas,
 bien haya quien hizo
 cadenicas de amor!





(Alegoría del mes de Agosto.)

REVISTA DEL MES DE AGOSTO.

ESPAÑA.

¿Qué podremos decir á nuestros lectores acerca de lo sucedido en el pasado mes? Escaso en nuestro suelo de acontecimientos importantes para el literato ó el hombre científico, solo ha ofrecido escenas de interés para el político, ó para aquellos que viven y se agitan en el proceloso mar de nuestras contiendas y disensiones civiles. Por mas importantes que sean las cuestiones de esta especie que en España se debaten, son terreno vedado á nuestra pluma y no deben ocupar sus resultados lugar alguno en las columnas del SIGLO.

Nada ha sucedido en la capital que pueda interesarnos, pues las escenas dolorosas de que ha sido teatro nos hacen padecer sensaciones que ni referirlas nos permiten. Solo sí, las lloramos por el buen nombre de nuestra patria: por el borron que arrojan sobre nuestra civilización.

Esta marcha á pasos gigantescos si hemos de juzgar por los progresos de nuestra afición á toros y toreros. Asaz ocupados han andado de ciudad en ciudad, y de al-

dea en aldea todos nuestros diestros lidiadores, luciendo algunos su gallardía y su destreza; escapando otros con vida por inauditos milagros, y pereciendo tal cual de ellos en el peligro mismo que por numerosos años habia despreciado. Ya en fin empiezan á reunirse otra vez en la corte y otras capitales, y una vez concluidas las fiestas en Pamplona, todos volverán á ocupar sus puestos y á dar principio á la segunda temporada tauromáquica del año.

El viaje de SS. MM. y A. por las provincias septentrionales, ha dado lugar á numerosos obsequios que todos los pueblos se han apresurado á tributarlas. Los festejos se han sucedido unos á otros con tanta rapidez y diversidad que no ha pasado un dia ni una hora en que no se haya verificado una diversion nueva y una demostracion de júbilo y alborozo. Las Reales personas por su parte se han mostrado sin cesar muy complacidas en todas las fiestas, romerías, diversiones y pasatiempos que han presenciado, y que nosotros no repetimos porque ya todos los periódicos de la capital y de las provincias, han dado cuenta detallada de este

viaje, que es sin duda alguna el acontecimiento de mas interés de todo el pasado Agosto.

De él, tambien, han nacido infinitas anécdotas é historias, muchas pueriles, otras exageradas, insulsas

las mas, y verídicas las menos. Las noticias alarmantes que de las consecuencias de este viaje circulan, tienen á todos en extremo inquietos.

La inclinacion á viajar parece que van cundiendo en-



(Correría verificada el 8 de Agosto en el rio de Pasages, por SS. MM. y A., y demas comitiva.)

tre todas las familias Reales de Europa. En todas hay algun miembro que viaja ó se dispone á viajar. Muy pronto tendremos en España á dos de los hijos de Luis Felipe que vienen á visitar á nuestra Reina y las fiestas que con este motivo se preparan en Pamplona, serán segun parece de rara magnificencia.

Por fin hemos tenido el gusto de ver abrirse de nuevo el teatro del Príncipe. El teatro del Príncipe que habia permanecido cerrado por algun tiempo. Las representaciones han dado principio el 31 con *Doña Mencía*, y parece que se preparan grandes novedades para el invierno. La Cruz se abrirá igualmente en breves dias.

De las obras dadas á luz en Agosto, debemos recomendar á todos los que se dediquen al estudio de la poesia, los tres tomos de las de D. Juan Gualberto Gonzalez. La España desde el reinado de Felipe II, traducida del francés de Weiss merece igual recomendacion tanto por el mérito intrínseco de la misma, cuanto por lo esmerado de su traduccion, siendo muy leves los lunares que en esta hemos advertido.

Finalmente, y antes de dar fin á estas cortas líneas, hacemos la mencion que se merecen de las honras que á cabo de año se han verificado en Santo Tomás por el difunto Duque de Osuna. Todo en ellas y en particular la magnífica orquesta, compuesta de los mejores artistas de la corte, correspondia con la alta clase del llorado Duque, y ya que no nos es dado hacer á nues-

tros lectores una descripcion detallada de tanto bueno como allí vimos y oímos, les presentamos la vista principal del suntuoso catafalco que en la iglesia se elevaba.

ESTRANGERO.

Jamás se ha conocido desde que el hombre existe en sociedad una época que pueda sostener con la presente la mas remota comparacion en punto á especulaciones atrevidas y nunca imaginadas empresas. A la cabeza de este movimiento asombroso cuyos efectos en todas partes se sienten, vemos marchar á la Inglaterra abriendo el campo y dando el ejemplo de un arrojo temerario y digno de observacion. Parece que no saben qué hacerse en aquel pais con el dinero y las riquezas: los hombres se entregan á los proyectos mas originales, y cuanto baña la luz del sol en su continua carrera, cuanto existe material ó idealmente sobre este mundo, otro tanto es objeto de sus cálculos y esperanzas. El carácter mas osado y menos receloso se ha de asustar por fuerza al saber que el importe aproximado de todas las empresas originadas últimamente en la Gran Bretaña es de *cien mil millones* de reales! Tal es el número de oficinas nuevas que se han planteado en Lóndres que un miserable local que antes no ganaba 3,000 reales, renta en el dia 40,000. No hay en el mundo metálico suficiente para pagar el dinero necesario para la realizacion de todos los proyectos ingleses.

¿Qué sucederá, pues? No podemos preverlo: dignos de la observacion de todo hombre pensador los resultados de tan importante movimiento.

Entre las infinitas ideas que nacen sin cesar en la metrópoli de la altiva Albion, ninguna tan peregrina como la de construir caminos de hierro subterráneos que se crucen en todas direcciones por debajo de la populosa

Londres, á fin de que sus habitantes puedan trasladarse instantáneamente por debajo de tierra desde un punto de la ciudad al extremo opuesto.

Los franceses tambien quieren imitar esta idea y hablan de caminos de hierro dentro de Paris. Nosotros igualmente al paso que vamos tendremos pronto que imaginar algun proyecto semejante cuando queramos añadir una con-



(Catafalco del difunto Duque de Osuna.)

cesion mas á las infinitas que sin intermision se decretan.

Un incendio terrible estalló en el arsenal del Mourillon en Francia, y por consiguiente, ¿á quién se habria de echar la culpa? Á la Inglaterra. Una mecha de azufre que se dice haberse hallado debajo de la quilla del navío *Navarin*, parece robustecer esta opinion. Las pérdidas se evalúan en 12 millones.

Esta continua rivalidad de las dos naciones no quita que los franceses imiten en muchas cosas á la nacion de tenderos. Ya se precian de vestir á la inglesa, montar á la inglesa y hablar á la inglesa. En todo lo perteneciente á carreras de caballo ó sea al *turf*, es en lo que mas se nota tan evidente tendencia. Las apuestas y corridas son ya un reflejo de las de la Inglaterra, y los primeros elegantes de Paris nunca pueden hablar sin mezclar en su conversacion alguna mala frase de peor inglés.

Los teatros de aquella capital han dado últimamente numerosas composiciones, que si no son nuevas, al menos

quieren serlo. Citaremos entre las que mejor éxito han tenido á las siguientes: *Braneas le reveur*, por M. Lavergne; *Une confidence*, por M. Potron; y *Un Change-ment de main*, por MM. Bayard y Lalont.

De las obras y monumentos que en estos dias se han inaugurado, ninguno ha llamado mas la atencion que la estatua del difunto Duque de Orleans que se ha colocado en el patio del Louvre.

Otra estatua magnífica se ha elevado en Bonn (Prusia) con grande boato y honrosas ceremonias: la del célebre maestro Beethoven. Es produccion del célebre Haechmel. Tiene doce pies de alta y en su pedestal cuatro relieves de mucho mérito, representando *la fantasia*, *la Sinfonia*, *la Música Sagrada* y *la Música Trágica*.

Escenas muy dolorosas han tenido lugar en Leipsick. Con motivo de algunos insultos dirigidos por el pueblo al principe Juan, hermano del Rey de Sajonia, y que se



(Retrato del difunto Duque de Osuna.)

creo ser muy parcial de las opiniones ultramontanas, la tropa hizo fuego sobre los grupos, resultando de esto varias personas muertas y heridas. Sin embargo la tropa hubo de salir de la ciudad, y el Rey en persona ha cuidado con paternal solicitud de los infelices que á consecuencia de estos sucesos se hallaban en los hospitales.

Algunos periódicos han dirigido ataques severos contra el general Bugeaud, acusándole de tolerar actos de crueldad y de despotismo no solo con los árabes, sino con las tropas francesas. Lo cierto es que el ministro de la Guerra le ha pedido esplicaciones que ha dado con bastante ambigüedad el gobernador de la Argelia.

JEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Cada uno atiende á la parte que le atañe.

N. 5.º

